

do con el sacerdocio (porque el sacerdocio era temporal), ¡desgraciado si tocaba otra mujer que la suya, ó si por pereza faltaba á los oficios religiosos! Ninguno de ellos salía del recinto de sus ricas habitaciones contiguas al templo. Consagrabanse mujeres al servicio del dios y á sostener el fuego sagrado; pero no asistían á los sacrificios sangrientos. Los mejicanos tenían también ciertas clases de órdenes monásticas, de las cuales una consagrada á la diosa Centeotl, se componían en su totalidad de sexagenarios y viudos, que daban consejos y escribían la historia, que remitían después al gran sacerdote para publicarla. Los *tlamacazqui* maceraban rigurosamente su cuerpo, y después de haberse despedazado con espinas, metían pedacitos de caña en sus heridas.

Los mejicanos ejercían la ferocidad que les hacían contraer estas sangrientas penitencias, en los sacrificios humanos, comunes en ellos y acompañados de atroces ceremonias. Se hartaban con la carne de las víctimas ó traficaban con ella. En la cima de la pirámide de Cholula se elevaba el altar dedicado á Quetzalcoatl, dios del aire, representado bajo la figura de un hombre blanco y barbudo, gran sacerdote legislador, jefe de una secta que se imponía rigurosas penitencias, como la de atravesarse los labios y las orejas, y clavarse en el cuerpo espinas de agave. Bajo su mando goza el Anahuac de la edad de oro hasta el momento en que el gran espíritu Tezcatlipuca presentó á Quetzalcoatl un brebaje que produciéndole la inmortalidad, le inspiró el irresistible deseo de visitar comarcas remotas. Llegados á Cholula, los habitantes le ofrecieron el gobierno; y durante los veinte años que permaneció con ellos, les enseñó á fundir los metales; mandó el ayuno de ochenta días y la intercalación del año tolteca, recomendándoles vivir en paz, y no ofrecer á la divinidad más que las primicias de los frutos. Desapareció después, prometiendo venir á renovar su felicidad.

Los aztecas tuvieron, como los indios, la idea de las destrucciones y de las regeneraciones periódicas del universo, atribuyendo al espacio lo que parece no pertenecer más que al tiempo. Contaban cuatro edades, que cada una había tenido su sol propio. La primera, llamada *edad del agua*, duró cuatro mil ocho años, y acabó con un diluvio general, en el cual el mismo sol pereció con los hombres. La otra, *edad de la tierra*, después de haber durado cinco mil doscientos años, se concluyó con la destrucción de los gigantes, producidos por terribles temblores de tierra, que también causaron la extinción del segundo sol. Después llegó la *edad del viento*, de cuatro mil diez años, terminada por un torbellino que anonadó el tercer sol y á todos los vivientes. En cada una de estas revoluciones se transformó la especie humana en animales capaces de sufrir aquellas catástrofes, salvándose sólo un hombre y una mujer para que renovasen la especie. La actual edad, la *edad del fuego*, comenzada hace

ochocientos cincuenta años, es la única cuyos anales se han conservado, y se terminará con un incendio general. Ahora bien, debiendo esto suceder al fin de uno de sus siglos, que eran sólo de cincuenta y dos años, el momento en que concluía cada uno de ellos, causaba gran espanto.

Observábase entonces una tristeza general; apagábase el fuego sagrado, los monjes no cesaban de orar; destrozábanse sus vestiduras, se hacían pedazos los muebles de valor, se ocultaban la cara con una máscara de pita, y ¡cosa singular! las mujeres en cinta, se miraban con horror, en la creencia que en el momento de la catástrofe se transformarían en tigres y se unirían á los genios malélicos para vengarse de los hombres. La noche del último día, los sacerdotes, revestidos con los trajes de los dioses y seguidos de una multitud inmensa, subían al monte de Huixacatl, y guardaban en silencio, en la cima de la montaña, el momento en que las Pléyades ocupasen el medio del sol. Cuando habían pasado por el meridiano, el sacrificador degollaba á un prisionero y atizaba en la herida el fuego con que se encendía la hoguera donde era quemado. Un grito de general alegría anunciaba á los más distantes que había pasado el peligro; otros acudían con antorchas encendidas á avivar el fuego; el entusiasmo se aumentaba cuando aparecía el sol radiante sobre el horizonte: entonces volvían los dioses á su santuario, las mujeres á sus casas; se renovaban los vestidos, y las fiestas duraban trece días, en los cuales se limpiaban los templos, las paredes y los utensilios domésticos.

No se sorprendieron poco los europeos al encontrar allí ritos semejantes á los de los cristianos: vigiliias, ayunos, confesion auricular (9), y una espe-

(9) Fray Bernardino de Sahagun ha conservado un fragmento de la exhortación de un sacerdote mejicano á su penitente.

«Hermano, has venido á un lugar de grandes peligros, de muchas fatigas, de muchos terrores. Es un precipicio desde el que se eleva un escollo á los piés; el que cae en él una vez no saldrá nunca. Has llegado también á un paraje donde mil lazos están tendidos unos debajo de otros, de manera que no se puede pasar sin caer en algunos de ellos; y hay además profundos agujeros como pozos; y tú te has arrojado en el torbellino del río, te has arrojado en los lazos de donde es imposible salir. Estos lazos son tus pecados, y por lo que destrazan el alma, pueden también compararse con las fieras que destrazan el cuerpo. ¡Has callado por casualidad alguno de esos pecados tan graves, tan horribles, tan vergonzosos, que el cielo, la tierra, y el infierno saben ya y que infestan el mundo desde uno á otro confin?

«Te has presentado á nuestro clementísimo Señor y protector de todos, que has ofendido, cuya cólera has provocado y que mañana ó pasado te sacará de este mundo, y te enviará á la morada general del infierno, donde están tu padre y tu madre, el dios y la diosa de la triste morada con la boca abierta, prontos á despedazarte como todo el mundo.

«Para concluir, te lo digo, es necesario que barras la

cie de eucaristia, pero en la que el pan estaba empapado en sangre humana.

**Calendarios.**—Las fiestas estaban reguladas por calendarios, uno de los más singulares monumentos de la cultura mejicana, que nos fueron especialmente revelados por una gran piedra de basalto desenterrada en 1790 de las ruinas de una antigua teocal. El año civil de los aztecas era solar, de trescientos sesenta y cinco días, dividido en diez y ocho meses de veinte días; además cinco días complementarios, llamados *nemontemís*, es decir, inútiles. Dividían el día, que comenzaba al salir el sol, en ocho intervalos, á saber, el salir y el ponerse, el medio día y la media noche, y las cuatro porciones intermedias, que no tienen nombre. El mes tenía cuatro periodos, al principio de los cuales cada comunidad de habitantes tenía su mercado; la semana de siete días no parece haber sido conocida de ningún pueblo del Nuevo Mundo (10). Trece años formaban un ciclo, llamado *tlalpilli*, de los cuales cuatro constituían un *xihumolpilli*, y dos de estos un *chchuetiliztli* ó vejez. El calendario ritual de que usaban los sacerdotes, es una serie de periodos de trece días, siguiendo la *velada* y el *sueño* de la luna. Veinte y ocho periodos de aquellos constituyen un año civil y un día más, que formando cada trece años un nuevo periodo, ponía acordes al año ritual con el civil.

Uno de los acontecimientos más dignos de admiración, es la analogía que se nota en el calendario mejicano y el de ciertos pueblos del Asia oriental, como los japoneses, analogía demostrada por Humboldt y que no se puede creer accidental, porque no está fundada en ningún fenómeno natural. El mismo sabio nos demuestra, además, que los nombres dados á los meses mejicanos son los signos del zodiaco entre los asiáticos orientales (11); como también Méjico y el Tibet ofrece notables relaciones en la gerarquía eclesiástica, en el número de congregaciones religiosas, en la extrema austeridad de las penitencias, en el orden de las procesiones.

Celebrábanse fiestas movibles, y otras fijas cada mes, con frecuencia fiestas, marcadas por crueldades que manchaban igualmente las ceremonias relativas á las diversas circunstancias de la vida, y se hacían raras veces sin efusión de sangre. Los

inmundicias y el estiércol de tu casa; que tú mismo te purifiques; que busques un esclavo para sacrificarle á los dioses; que des una fiesta á los sacerdotes, y que cantes las alabanzas del Señor. Debes también hacer penitencia trabajando un año ó más en la casa del Señor. Allí te sacará sangre, te picaré con espinas de áloes, y para hacer completa penitencia de tus adulterios y de tus demás iniquidades, te atravesaré dos veces cada día pedazos de madera aguzados á través de las partes sensibles del cuerpo, una vez las orejas, otra la lengua.»

(10) Bailly piensa de otra manera; pero es refutado por Humboldt.

(11) *Vistas de las Cordilleras*, t. II, pág. 3.

muerdos eran quemados frecuentemente con sus mujeres y criados en una misma y única hoguera. Parece, pues, que se descubre en esta religión la lucha de un culto antiguo, todo símbolos, y de un culto nuevo entregado á prácticas sanguinarias. Los mejicanos se acuerdan hasta de la época en que habían sido sacrificadas á sus dioses las primeras víctimas humanas. En ciertos sitios se conservaba el culto de las divinidades campestres que debían, según se aseguraba, triunfar un día de los dioses sanguinarios.

A la verdad, puede causar admiración encontrar estos ritos atroces en un pueblo que, en el resto de sus instituciones, se parece á la nación china; pero la estrecha unión de los sacerdotes con la nobleza compuesta de guerreros, hizo que su culto homicida se extendiese con el imperio; al contrario de lo que pasó en el Perú, donde los descendientes de Manco-Capac, con sus leyes, la división de castas y el despotismo monástico, llevaron una religión pacífica.

Sin embargo, este pueblo que había llevado tan lejos el estudio de la astronomía, que conocía la verdadera causa de los eclipses, la revolución anual de la tierra, y poseía un calendario más perfecto que el de los romanos, no conocía la moneda, ni el sistema de pesos y medidas, ni el hierro, ni la confección del queso, ni el uso de las bestias de carga. Eran imperfectísimas las transacciones mercantiles, contentándose con la fe en la palabra; el vicio era objeto de castigo y aun de vilipendio; al ebrio se le derribaba la casa y se le cortaban los cabellos, como á los magistrados negligentes ó prevaricadores, y á todo al que se quería degradar.

**Artes.**—Las artes de imitación estaban en aquel país en estado de rudeza sin idea de las proporciones del cuerpo humano; figuras enanas, altas, de cinco cabezas; una nariz enorme y una cabeza puntiaguda, distinguen á los héroes de las divinidades. Los dioses ávidos de sangre debían ser representados con facciones monstruosas, y tales como el pueblo los concebía, para conformarse á los tipos inalterables de los geroglíficos; pero no les ponían muchas cabezas y manos como en la India. Treinta mil ídolos de barro fueron destruidos por los misioneros en la primera conquista; estaban formados por medio de dos moldes, de los cuales el uno producía la parte anterior, y el otro la posterior, como se practicaba para los lares en Italia. En los bajos relieves el tipo particular de los hombres es el ángulo facial muy agudo, de tal modo, que casi no tenían frente. Sobre las rocas se encuentran esculpidos animales gigantescos y armas de las provincias cuyo límite indicaban; trofeos militares, batallas, emblemas, y en todas partes geroglíficos. El plano de Méjico, antes de la conquista, una de cuyas hojas pintadas se conserva, prueba lo que entendían de geometría y topografía. Sus vasos, por su ligereza y finura, se dirían fabricados á torno, y tienen barnices de colores que se diferencian muy

poco de los primeros etruscos. Ha sido hallado en Méjico el busto en basalto de una sacerdotisa azteca, con la cabeza adornada por el estilo de la de Isis y de otras estatuas egipcias. También recuerdan á Egipto las pirámides con gradas, las momias conservadas en cajas pintadas, el uso de la pintura geroglífica, los cinco días epagomenos aumentados al fin de cada año como en Menfis, mientras que las demás instituciones parecerían originarias del Tibet (12).

El teocali de la capital fué destruido después de la conquista, pero han quedado los más antiguos. En el valle de Méjico se elevan las pirámides de Totihuacan, de las cuales están dedicadas al sol y á la luna las dos principales, y al rededor hay colocadas, como adorno de los caminos, otras más pequeñas. De las dos mayores, la una se eleva perpendicularmente á cincuenta y cinco metros, y la otra á cuarenta y cuatro, teniendo de base la primera ciento ochenta metros por cada lado. Las otras, que no pasan de ocho ó nueve metros, servían, según dicen, de sepulcro á los jefes de tribu. Las estatuas fueron destruidas por la avaricia de los conquistadores, y por la devoción del obispo Zumáraga. Hace medio siglo que unos cazadores descubrieron la pirámide de Iapantla, cuya altura es de diez y ocho metros, por veinte y cinco de ancho en la base, toda ella de grandes piedras labradas, con tres escaleras que conducen á la cúspide, y adornada por todas partes con nichos y geroglíficos.

La de Cholula, que tiene cuatro pisos, construida de ladrillos sin cocer, en una llanura descubierta, á dos mil doscientos metros sobre el nivel del mar, no se eleva á más de cincuenta y cuatro metros; pero cada lado de la base no tiene menos de cuatrocientos treinta y nueve, es decir, dos veces más que la pirámide egipcia de Cheops. Según la tradición, había sido construida esta pirámide por las únicas siete personas libradas del diluvio; pero los dioses, irritados contra este edificio, que debía tocar las nubes, lanzaron contra él sus rayos, por cuya razón quedó sin concluir. Los conquistadores vieron en esto un recuerdo del diluvio de Noé y de la torre de Babel. En el día se ve en la cima de este montecillo una iglesia de la Virgen, la más elevada del mundo, que los nacionales visitan con la misma devoción que en otro tiempo las conducía á los altares de sus dioses sangüarios.

En Xochicalco se encuentra la Casa de las Flores, gran terraplen parecido á un bastión gigantesco, cuya plataforma tiene setenta y dos metros

(12) Hace poco tiempo que Godofredo Martín Uhdé, que residió veinte y tres años en Méjico, llevó á Heidelberg un gran número de antigüedades de este país, entre las cuales se distinguen cincuenta y dos vasos de barro muy parecidos á los etruscos, con figuras de divinidades romanas, griegas, egipcias é indianas.

de longitud y ochenta y seis de latitud; en el centro se eleva una pirámide de cincuenta gradas, toda de paralelepípedos trabajados perfectamente y reunidos sin cimiento. En una y otra parte se ven geroglíficos grabados, figuras de cocodrilos y de hombres sentados con los brazos cruzados.

**Palenque.**—A mediados del último siglo Mitla, ciudad de los muertos, y Colhuacan, ciudad del desierto, llamada equivocadamente Palenque, ofrecieron á la vista las ruinas de edificios inmensos que revelaban un arte original. Antonio del Río y Alonso de Calderón fueron encargados de explorarlos en 1787. Las ruinas de Palenque ocupaban un espacio de cerca de ocho leguas, tan cubierto de maleza, que ni el fuego ni el hacha pudieron desprenderla apenas de quince edificios, en treinta y cinco semanas. El rey de España Carlos IV, envió una comisión en 1805 á las órdenes del capitán Dupaix, que pudo dar una idea completa de estos restos de un pueblo destruido, edificios sagrados y civiles, fortificaciones, caminos, puentes, diques, acueductos, grandes subterráneos con esculturas, bajo-relieves, geroglíficos, escudos de armas, vasos de barro, estatuas de divinidades y utensilios de piedra y de metal.

Las construcciones más antiguas eran de toba ó de piedra labrada en enormes montones, lo mismo que los sepulcros en que había vastos pasajes subterráneos, y sostenían tumbas cónicas cubiertas de piedras ó de ladrillos entre las cuales se elevaban algunas como verdaderas pirámides por el estilo de las egipcias. El edificio más notable, que descansa sobre un terraplen de sesenta pies de elevación, tiene en el interior algo de gótico, ó más bien de morisco. Tiene trescientos pies de longitud, por ciento ochenta de latitud y treinta de altura. En el centro se destaca una torre, que debía ser muy elevada y que disminuía á cada piso. Al rededor no hay más que pirámides, acueductos, subterráneos, fortificaciones y sepulcros. Las murallas están en declive, revestidas de estuco, en el cual entra el óxido de hierro: están orientadas sobre un plano cuadrilátero, con puertas y elevadas, aberturas por altas ventanas: están situados en las eminencias, sin tener nada para cerrarlos, sin armaduras ni bóvedas para sostenerlos, aun cuando estas últimas se ven empleadas en las construcciones tumularias y en los subterráneos: tampoco entra en su construcción el ladrillo. Los templos están cubiertos, y su arquitectura, que es muy adornada, ofrece pilastras, cornisas, modillones plásticos y mascarones. Los bajo-relieves indican los ritos de la sepultura, porque representan al difunto tendido con sus armas y con todo lo que tenía de más precioso, sobre la hoguera donde se degollaban sus servidores y sus mujeres, y donde se sacrificaban voluntariamente las esposas. Hay en el templo otros bajo-relieves que representan al parecer los ritos de la iniciación.

Pero lo que más llamó la atención fué un cuadro en cuyo centro se veía el escarabajo con la T

tan frecuente en las esculturas egipcias, y una gran cruz latina coronada con un gallo, del brazo de la cual pende una especie de palma arrollada; en medio de esta cruz se ve otra más pequeña cuyos brazos terminan en una flor de loto. A la derecha hay un sacerdote ofreciendo á la cruz un vaso de flores, y á la izquierda una mujer, con la tiara á la egipcia, le presenta un niño acostado sobre hojas de loto.

Las ruinas de Palenque han dejado de ser las más admirables de todas las demás, después que se han descubierto recientemente las de Yucatan y de Itzalan. En éstas, todos los edificios son de piedra labrada, y el más pequeño, que tiene ochenta y un pies de largo por diez y siete de alto, se eleva en una esplanada á la cual se llega subiendo cien gradas: todo está allí cubierto de adornos y geroglíficos, con una pompa asiática. En frente de esta especie de pirámide está la gran plaza, adornada con cuatro edificios muy vastos y empedrada con piedras cúbicas, en que se ven también esculpidas figuras de animales: como no se ponía una sino cada veinte años, resulta que se remonta á más de veinte siglos la construcción de la ciudad (13).

Se designan tres épocas á los monumentos de este país, monumentos de los aztecas, fundadores del imperio; monumentos anteriores, obra de los toltecas y de otros pueblos venidos al suelo de Anahuac hácia el siglo vi; monumentos de Palenque y otros esparcidos en Guatemala y Yucatan, anteriores á todo recuerdo, y llamados impropia-mente mejicanos: éstos, que se remontan á cerca de tres mil años, se distinguen por su sencillez, gravedad y solidez. Sólo un gran pueblo ha podido construir semejantes ciudades; pero ¿de qué modo ha llegado á perderse completamente la memoria de ellas? Si fué destruido, debieron conservar los vencedores el recuerdo de tan gran triunfo; pero lejos de esto, en el tiempo de la conquista nadie conocía la existencia de Mitla ó de Palenque. Se han propuesto una infinidad de sistemas para la solución de este problema, y últimamente se ha llegado á sostener que estas ciudades eran anteriores al diluvio.

Cuando llegaron los europeos, los mejicanos vieron llenos de admiración desembarcar en sus costas á estos terribles huéspedes, cuya armadura, caballos, fusiles y cañones los hicieron creer, como en todas partes, bajados del cielo. Vinieron muchas gentes á examinarlos, tomando diseños de todo lo que veían, para enviarlos á la corte de su soberano en forma de informe. Motezuma, elegido rey por sus maneras modestas y dignas á la vez, apenas había subido al trono; cuando cambió de conducta, y encerrado en su palacio, trató de deslumbrar por el fausto, y de sostenerse por el ter-

ror. Su devoción le arrastraba á guerras frecuentes, con la intención de no dejar á los dioses sin sacrificios humanos. Reinaba entonces del uno al otro mar, sobre treinta caciques poderosos, y mantenía en su gobierno un orden perfecto. Había instituido distinciones para el valor y para la nobleza, y reservado una ciudad para reunir en ella á todos los que habían envejecido en el servicio de Iacx rona. Había también establecido escuelas para los ejercicios corporales é intelectuales, según que los jóvenes se destinaban á la guerra, al sacerdocio ó á las diversas magistraturas. Pero llevando la severidad hasta el exceso, destruía todo lo que le resistía, alejando de la corte y de los empleos á cualquiera que no fuese noble. Después de haber subyugado todas las provincias, decía que se le hacía tarde para conquistar á Mechoacan, Tepeaca y Tlascalá, á fin de que los dioses no careciesen de víctimas.

Estos tres países habían permanecido independientes, aunque el imperio se extendía hasta las fronteras de Guatemala y Yucatan. Motezuma les hizo la guerra con vigor, pero encontró una vivísima resistencia: los reveses que sufrió debilitaron la idea que se tenía formada del poder de los hijos del sol, y prepararon aliados á los europeos.

Asustado con su venida, Motezuma no omitió medio para librarse de la visita con que le amenazaba aquel extranjero que se decía enviado como embajador, haciendo pasar su pequeño ejército por un simple acompañamiento ú escolta. Le envió soberbios regalos, vestidos del más fino algodón, penachos con los más vivos colores de un brillo natural, armaduras, y dos grandes de una materia y un trabajo desconocido y precioso, uno de plata y otro de oro, donde estaban representados en relieve el siglo y el año de los mejicanos; sin hablar de la pedrería, joyas, collares, perlas, oro en polvo y enormes pedazos de oro vírgen y de animales del mismo metal, objetos todos que sólo servían para excitar la codicia y la curiosidad.

Cortés insistía en que el decoro no permitía despedir, sin ser oído, al embajador del más grande de los reyes; que habiendo ido á esparcir la verdad, se creía en el deber de anunciarla destruyendo la idolatría, y sin amedrantarse de los doscientos mil hombres que Motezuma podía poner en campaña, según se decía, soñaba ya la conquista de su imperio. Mientras duraban las conferencias, determinó construir la Villa-Rica de Vera-Cruz, cuyo nombre abraza los dos móviles de aquel tiempo, el dinero y la religión; y viendo que Velázquez insistía en considerarle como rebelde y sin poderes, Cortés estableció en Vera-Cruz, en nombre del rey de España, un consejo soberano, en cuyas manos resignó su autoridad, dejándole en libertad para elegir al más digno de mandar. Elegido como general y gobernador, quemó sus buques para quitar á los suyos hasta la esperanza de volver, y á la España la de llamarlo, habiéndose granjeado luego la amistad de algunos caciques

(13) Descrita por WALDECK, en el *Boletín de la Sociedad de Geografía*, octubre de 1835.

descontentos de la tiranía de Motezuma, se puso en marcha con quinientos hombres, seis cañones y quince caballos.

La república de Tlascal, que situada en las montañas y gobernada por un senado de diputados de todo el país, había resistido á los mejicanos, fué reducida á pedir la paz, y aliándose con los españoles, contribuyó principalmente á asegurarles una conquista más grande. Una jóven india que había sido regalada á Cortés, y que éste hizo bautizar con el nombre de Marina, convertida en órgano de su elocuencia y en agente principal de sus manejos, le valió como intérprete y como consejero, mucho más que un ejército numeroso.

Cortés se distingue entre los demás conquistadores, por un resto de las ideas caballerescas de su país; lleno de entusiasmo y de intolerancia, perseverante hasta la obstinación, ávido de riquezas más aun que de gloria; cruel algunas veces, pero no por instinto; dispuesto á hacer padecer, mas siempre inclinado á una compasión generosa. En las relaciones escribió sus empresas en estilo claro y agradable, aunque soldadesco é inculto. Pero si por su parte trataba de cautivar á los indios por buenos medios, los suyos los empleaban muy malos. Después comenzó él mismo á derribar los ídolos, é intimando que se hicieran cristianos á una gente que no entendía lo que se le decía, se enemistó con los caciques que al principio se le habían mostrado favorables. Se disponía á echar por tierra los ídolos en Tlascal, cuando el padre Bartolomé de Olmedo le hizo ver que no era justo ni político propagar la religión con el hierro.

Desalentado Motezuma, pensó en oponer á los españoles secretos manejos, en lugar de recurrir á las armas; pero los españoles le aventajaban también mucho bajo este concepto. Observaron que en Cholula habían sido acogidos con demostraciones afectuosas, y concibiendo Cortés algunas sospechas, mandó arrestar á varios sacerdotes, los cuales confesaron que se meditaba el exterminio de los extranjeros bajo apariencias amistosas. Irritados los españoles al descubrir este proyecto, hicieron grande carnicería en los naturales y siguieron adelante.

Entonces se ofreció á sus miradas encantadas el vasto lago de Tezcuco, atravesado por tres calzadas artificiales, con jardines flotantes en medio de las aguas y ciudades populosas al rededor. En una isla unida al continente por medio de una calzada que atravesaba el lago, se elevaba Méjico, que en un recinto de quince millas de circuito contenía setenta mil casas, con plazas y anchas calles, un número infinito de tiendas, bosquecillos, viveros y canales navegables que recorrían en todas direcciones cincuenta mil barcas. Los españoles se admiraron de ver tanta civilización y riqueza, no menos que de su propia audacia, al paso que Motezuma estaba sobrecogido de su superioridad moral. Viendo que habían sido vanas todas sus combinaciones, multiplicó las plegarias y los sacrificios

humanos, creyendo que era la cólera de los dioses la que se manifestaba en los prodigios, cuya relación se le hacía por todas partes. En la imposibilidad de evitar la temida visita de los europeos, creyó al menos aplacarlos saliendo á recibirlos con todo el brillo de la magnificencia. Marchaban delante mil nobles vestidos con adornos uniformes, y después venían tres heraldos seguidos de un centenar de nobles. Motezuma iba conducido en una litera cubierta de oro y protegida por un gran parasol de plumas verdes; nadie se hubiera atrevido á mirarle frente á frente. Flotaba en sus espaldas un manto recamado de oro, plata y pedrería, y sus brazos y pechos desnudos llevaban asimismo una multitud de joyas de oro. Le seguían doscientos príncipes magníficamente ataviados. El emperador protestó de su amistad por estos hijos del Sol, y Cortés le aseguró que no había venido con intención de quitarle nada, sino tan sólo para consolidar su alianza, y para establecer la nueva religión.

Si hubiese sido así, ¡cuántos bienes hubieran resultado á la humanidad! ¡Qué hermoso espectáculo hubiera sido el que ofrecieran las artes de la Europa ingiriéndose en aquella civilización natural, auxiliándose ambas mutuamente! Pero las seguridades de Cortés eran falaces, pues sólo pensaba en adormecer la desconfianza de Motezuma, no menos desprovisto de medios defensivos contra los recién llegados, que pudieran estar los reyes de Europa contra enemigos aéreos.

El templo de Méjico había sido construido, según el modelo de los templos más antiguos, seis años antes que Colon llegase á la América, sobre una colina artificial elevada en medio de un llano. Un vestibulo de murallas espesas de piedras, cubiertas todas de esculturas que representaban serpientes enroscadas, precedía á una vasta capilla, magnífica que conducía á una vasta capilla, con un terraplen donde estaban fijadas sobre estacas, cabezas humanas que se renovaban en las grandes solemnidades, y cuyo número ascendía, según dicen, á trescientos mil. Las cuatro puertas del templo se abrían á los cuatro vientos sobre otras tantas plataformas, cada una de las cuales ofrecía á la vista cuatro estatuas gigantescas. Al rededor estaban las habitaciones de los sacerdotes con un grande espacio, donde ejecutaban bailes rituales hasta diez mil personas. En el centro se elevaba una pirámide truncada de cincuenta y cuatro metros de altura sobre noventa y siete de anchura en la base, y en una de sus caras se descubría una escalera de ciento veinte gradas. El dios Mixtitlo á quien se ofrecía el corazón de las víctimas, estaba representado bajo el aspecto de una figura humana, horriblemente feroz, con serpientes y rayos en la mano y cubierto de dibujos simbólicos. El fuego sagrado se conservaba en dos grandes urnas de mármol, y las numerosas capillas brillaban con todo el lujo imaginable.

Motezuma poseía palacios de grande estension

construidos de piedras sujetas con cal y formados de infinitas habitaciones reunidas: el que fué destinado para Cortés hubiera bastado para alojar ocho mil hombres. El emperador se había retirado al palacio del luto en el que todo era sombrío y horroroso y apenas penetraba la luz. Tenía también sitios de recreo, y se citan dos de ellos como verdaderas maravillas: el uno lleno de aves de rapiña y el otro con los pájaros más dóciles y raros. Vastas galerías sostenidas por columnas de mármol de una sola pieza daban á los jardines, donde los árboles y las aguas ofrecían asilo á las diversas clases de volátiles, y trescientos hombres encargados de cuidarlos recogían sus plumas para hacer emblemas y dibujos. También se cultivaban plantas medicinales para distribuir las á los que las pedían.

Motezuma había hecho conducir por medio de dos conductos de piedra, abundantes aguas para el riego de sus jardines y para la comodidad de la ciudad. Las armas se construían y conservaban en diez arsenales: una guardia real vigilaba las treinta puertas del palacio, y toda la nobleza del reino hacía el servicio cuando le tocaba en las salas interiores. Además de dos reinas de la raza real, tenía el emperador un gran número de concubinas. Daba audiencia muy raras veces, y cuando lo hacía desplegaba un aparato fastuoso. Algunas veces comía en publico, pero siempre solo, y se le servían hasta doscientos platos, entre los cuales elegía uno, y los demás se distribuían á los nobles de guardia. A veces de sobremesa se presentaban bufones y músicos. Después de haber hecho tantos gastos para satisfacer sus gustos fastuosos y para poner en pie dos ó tres ejércitos, todavía le quedaban tesoros, por lo mucho que producían las minas y las salinas; y más aun, por el producto de las contribuciones, en atención á que cada propietario pagaba una tercera parte de sus frutos y los artesanos igual porción de los objetos elaborados.

Cortés quiso verlo todo, y desde lo alto del templo estendía sus miradas sobre la gran ciudad, aun cuando se sentía estremecer á la vista de los restos sangrientos de los sacrificios humanos. Motezuma se resignaba á oír las rudas predicaciones de este soldado, y luego se prosternaba para pedir perdón á sus dioses de las blasfemias que acababa de oír. La primera idea de Cortés fué fortificarse en el palacio que se le había señalado para residencia, y allí soñaba en los medios de conquistar un país cuyas riquezas escitaban de día en día su codicia. En el entretanto, un general mejicano sitió á Vera-Cruz, y aun cuando fué rechazado, mató á muchos españoles y cogió uno prisionero, cuyas cabezas fueron paseadas por todo el imperio con el fin de sublevar el odio nacional contra estos extranjeros, y de disipar el pavor que inspiraban, probando que eran mortales como los demás.

Muy pronto conoció Cortés el peligro que corría si desaparecía el prestigio, y resolvió intentar uno de esos golpes que ni el mismo triunfo puede librar de la censura de temeridad. Fuése al palacio

de Motezuma, lo sacó de él, y habiéndolo conducido al suyo, le impuso sus órdenes. El general agresor fué quemado vivo y la misma suerte sufrieron los que habían manifestado dudas acerca de la inviolabilidad de los españoles. Motezuma, cargado de cadenas, se vió obligado, lleno de horror él y todos los suyos, á reconocerse vasallo de Carlos Quinto, y á suministrar á título de donativo 600,000 marcos de oro puro, sin contar una infinidad de piedras preciosas. No fué posible reducirle á que cambiase de religión; sin embargo, se suspendieron los sacrificios humanos, y las vírgenes y los santos reemplazaron en los templos al monton de cráneos humanos.

Motezuma creyó que Cortés se marcharía después con arreglo al convenio estipulado, pero lejos de esto, proclamó la soberanía de España y reclamó de nuevo oro para los gastos necesarios (14). Pero supo con sorpresa que había llegado Narvaez con un ejército para quitarle el mando y la libertad. Sin perder tiempo resolvió marchar contra él, dando a los mejicanos el espectáculo de una guerra fratricida; pero venció á su rival y redujo á servir á su gente bajo sus banderas: creció en valor con su poder y acometió la empresa de someter á todo el país. Durante su ausencia, Alvarado, que quedó mandando, dejó á los mejicanos que se reunieran para una fiesta y se aprovechó de esta ocasión para matarlos. Esta odiosa traición dió amargos frutos. La nobleza temblaba al contemplar el envilecimiento en que había caído Motezuma, los sacerdotes al considerar la profanación de sus ritos y todos al sufrir tantos ultrajes: estalló la insurrección y el palacio de Cortés fué sitiado. Motezuma se presentó en vano para aplacar su furor, pero fué insultado por su debilidad y herido. Reconociendo entonces que había llegado á ser un objeto de desprecio para los suyos, espiró de dolor.

Después de haber perdido una prenda de tanto precio, los españoles, cercados por todas partes, reconocieron la necesidad de pelear en retirada, pero en el momento en que atravesaban la calzada, protegidos por la oscuridad, los mejicanos persuadidos de que los hijos del Sol no podían obtener por la noche el auxilio de su padre, los atacaron con más confianza, perdiendo los españoles todos sus caballos, su artillería, su tesoro, y algunos de sus más esforzados campeones que fueron sacrificados por los vencedores con el fin de recobrar el favor de los dioses. Pero no había pasado todavía el mayor peligro: apenas habían atravesado los españoles, después de una penosa

(14) Solís (á quien elogia Voltaire, no sabemos con qué intención, aunque fatiga al lector con un énfasis insoportable) atribuye á su héroe palabras y hechos copiados evidentemente de otros héroes, y de un carácter completamente teatral. Si comete una injusticia ó una imprudencia, la niega por la única consideración de que es incompatible con la probidad conocida de Cortés y con su política.

marcha, el estrecho pasaje, cuando se encontraron enfrente de un ejército formado en buen orden. Se necesitaba toda la constancia de Cortés para no sucumbir. Sin dejar á los suyos el tiempo necesario para reconocer toda la gravedad del peligro, se lanzó sobre el enemigo, y como sabia por Motezuma la mucha importancia que daban los mejicanos á su estandarte, se precipitó solo sobre el jefe que lo llevaba, y se lo arrancó, juntamente con la victoria.

Tomó enseguida á Tlascalala, y en lugar de pensar en poner á cubierto las pocas fuerzas que le quedaban, inspirado por el Espíritu Santo, envió á buscar por todas partes municiones y hombres, que no tardaron en llegar atraídos por la fama de las riquezas que estaban reservadas á los vencedores. Ocho mil esclavos tlascaltecas fueron empleados en conducir á la espalda la madera necesaria para construir embarcaciones que, armadas de improviso, dispersaron las toscas canoas. Entonces Cortés rompió los acueductos, y si Guatimozin, sobrino y sucesor de Motezuma, le venció algunas veces en batalla, si muchos españoles fueron decapitados en los teacales para aplacar la cólera de la divinidad, y aunque al son del sagrado tambor se despertó el entusiasmo guerrero, el hambre, sin embargo, desconcertó á los mejicanos, y las tribus vecinas mudaron de parecer.

Finalmente, poniendo Cortés su confianza en Jesucristo y en Santiago, reunió quinientos españoles, á los cuales se unieron algunos tlascaltecas, y con seis piezas de artillería atacó de nuevo á Méjico, defendido intrépidamente por Guatimozin contra el esfuerzo de las armas y contra la traición. Se apoderó de la ciudad con mucha efusión de sangre, quedando prisionero el emperador con toda su familia. «Y es verdad y juro amen, dice Bernal Diaz, testigo ocular, que toda la laguna y casas, y barcas, estaban llenos de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que sacerdoté de qué manera lo escriba. Pues en la el estero: los mismos patios del Tatabulco noias amistosas, y no podíamos andar sino en este proyecto: abezas de indios muertos. Yo he le naturales y signiion de Jerusalem; mas si en ella hub

edad como ésta, yo no lo sé.» Los que miradas enca, teniendo que luchar contra el hambesado por trobligados á escarbar en las inmundidotantes en rancar un pasto repugnante; y si el mal de adonucumbir á cien mil personas, el hambre y las enfermedades acabaron con cincuenta mil. El botin fué inmenso, de manera que los sueños de riqueza en que se habían mecido los españoles, quedaron realizados. ¿Pero qué se hizo del tesoro de Motezuma? Sospechaban muchos que Cortés le habia hecho desaparecer, pero éste supo hacer recaer las sospechas sobre Guatimozin, que á pesar de los tratados fué puesto sobre un brasero, con el fin de hacerle confesar lo que habia hecho del tesoro. Echado á su lado sobre las ascuas, compartía el suplicio su ministro, y oyéndolo gemir Guatimo-

zin, le dijo: «¿Pues qué, yo estoy en un lecho de rosas?»

Esta fué la primera conquista de que pudieron alabarse los españoles, y la que manifestó la superioridad de las armas y de la disciplina europea. Cortés no sólo habia fundado una colonia, sino que habia sometido un imperio poderoso y afamado que ofrecia rentas inmensas. La relacion de estos triunfos hizo callar á la malevolencia en la corte de España, uniéndosele una porcion de aventureros y un gran número de indios; de tal modo, que se encontró á la cabeza de doscientos mil hombres. Carlos Quinto le asignó como marquesado el valle de Oaxaca, con el título de gobernador y capitán general de Méjico.

Como tal se dispuso á fundar ciudades y á darles ordenanzas y artes. Mandó explorar el pais para recibir la sumision de los habitantes y para hacer que le entregasen el oro. Alvarado atravesó cuatrocientas leguas de tierras desconocidas, y ganó á Guatemala donde mandó construir á Santiago. Informado Cortés de que existian preciosas minas en Higuera y en Honduras, dirigió una expedición, con la esperanza de encontrar todavía por aquel punto un paso hácia el mar del Sur, á las órdenes de Cristóbal de Olid. Pero descontentas las tropas al ver que el oro que encontraban no era tan abundante como se habian figurado, se insurreccionaron contra el gobernador, y Cristóbal de Olid el primero. Habian tenido tambien necesidad de luchar contra los indígenas escitados por las mujeres, que desnudas y con el cuerpo pintado, parecian brujas á los españoles, cuando sólo eran heroínas.

Cortés se puso en marcha con un ejército para ir á castigar la rebelion. Auxiliado de un mapa que le habia regalado un cacique, atravesó bosques inmensos cuya estension y profunda oscuridad desesperaban á los que le seguian; pero al fin, después de andar un millar de millas llegó á Honduras, condenó á muerte á Cristóbal de Olid y obligó á la colonia á entrar en obediencia. Temiendo que los mejicanos pensasen aprovecharse de sus reverses para rebelarse durante aquella expedición, hizo ahorcar á Guatimozin, que habia recibido el bautismo (15).

A su regreso hizo construir la nueva capital sobre las ruinas de la antigua por mano de los mismos indios que le habian ayudado á destruirla. Siguió las mismas líneas, pero cegando los canales, y en el dia es una de las más hermosas ciudades

(15) El 22 de octubre de 1836 murió en Nueva-Orleans don Marcelo de Temel, último conde de Motezuma, descendiente en línea recta, por las mujeres, del último emperador de Méjico. Era grande de España, y fué desterrado del reino por su liberalismo. Se trasladó á Méjico donde se vió comprometido en una revolucion política, por cuya razon tuvo que refugiarse á Nueva-Orleans. El gobierno mejicano continuó pagándole una pensión.

del mundo, que no cuenta menos de ciento cuarenta mil habitantes. Los castellanos iban á establecerse allí llamados por Cortés, quien suplicó á Carlos Quinto que enviase sacerdotes de corazon sencillo, pero no canónigos ni otros holgazanes; ni médicos que llevasen enfermedades nuevas en lugar de curar las antiguas; ni legistas que inoculasen en el pais la peste de los procesos. «Y certifico á vuestra cesárea majestad, escribia á Carlos Quinto, que si plantas y semillas de las de España estuviesen, y vuestra alteza fuese servido de nos mandar proveer dellas, como en la otra relacion la envié á suplicar, segun los naturales de estas partes son amigos de cultivar las tierras y de traer arboledas, que en poco espacio de tiempo hubiese acá mucha abundancia.»

En efecto, el cultivo de los vegetales de Europa prosperó en un pais cuya fertilidad seria prodigiosa si fuesen más abundantes las lluvias. Cuando los españoles, con buen pensamiento, rebajaron el lago de Tezcuco, que en el dia no toca la ciudad, se hubiera podido sacar de esto inmensas vestajas, si al mismo tiempo se hubiese proveido al riego. Se debió pensar entonces en armonizar lo posible las formas y condiciones del Estado nuevo con las del antiguo, y en efecto, parece que Carlos Quinto concibió esta idea ó le fué sugerida, porque en 1563 pidió un informe exacto sobre el pais, y todavía poseemos la respuesta de Alonso de Zurita (16), de donde hemos tomado muchas noticias para escribir la condicion de aquel pais. Ninguno era más á propósito para llenar esta tarea, porque habia recorrido casi todas las nuevas conquistas como magistrado y filósofo, y habia hablado con los testigos más fidedignos, con los viejos indígenas y con los misioneros, cuando estaba todavía reciente el recuerdo de los sucesos. Demostró la equivocacion que habia en tratar á los mejicanos como bárbaros, y espuso la dulzura de sus costumbres con la atrocidad de los *corregidores* y *encomendados* españoles; éste era el nombre de los sujetos á quienes habia la España confiado el pais y su poblacion para vigilar la propagacion y conservacion de la fe (17). Son un argumento poderoso, aun cuando rechaza sus consecuencias, de los hechos confesados por Cortés, que á cada instante manifiesta su admiracion por el orden, industria y construcciones de los mejicanos. Los españoles, sin embargo, tenian interés en hacerles

pasar por toscos, ineducados é ineducables con el fin de disculparse por haber violado con ellos el derecho de gentes y el de la naturaleza.

No por esto pretendemos ensalzar la civilizacion de los mejicanos; hallamos entre ellos algo de triste y sentencioso que revela una nacion decrepita, y en todas partes costumbres muy distintas de la sencillez de los pueblos nuevos.

Decimos solamente que era una enorme falta condenar como bárbara é insociable á semejante nacion, y entregarla á toda la cocicia inhumana de conquistadores ignorantes que se repartian entre sí las tierras y los hombres. Obligados los naturales á trabajar en las minas, obstruian con sus cadáveres los caminos que conducian á ellas: la menor desobediencia por su parte era declarada rebelion y castigada como tal. No bastaba esto para oprimirlos con una arrogancia brutal. Los españoles recurrieron á las astucias fiscales. Se decretó que todos los que se embriegasen serian condenados á los trabajos de minas, y se ofreció al mismo tiempo alicientes á la embriaguez: se impuso la confiscacion al colono negligente, y se le impidió trabajar, imponiéndole servicios personales, con el fin de buscar un pretexto para justificar el despojo. Después se prohibió el cultivo de la viña y del olivo, y fué necesario pagar 4 reales por cabeza para oír la misa. ¿No tenian, pues, razon los mejicanos para odiar á sus dueños y para negarse á unirse con sus mujeres, para no engendrar compañeros de tantas miserias?

No iban mejor las cosas para la raza dominadora, en la cual se desarrollaron los vicios más detestables, un egoísmo repugnante, una codicia desenfrenada y la pasion por las mujeres y por el juego. No tardaron en comunicar estos vicios á los vencidos, que pensando solo en su interés particular, se acusaban unos á otros para salvarse, se entregaban al espionaje haciéndose cómplices de los españoles, para sustraerse al peligro, para vengarse y para enriquecerse.

Cortés no fué testigo de estos horrores á los cuales habia abierto el camino. La corte de España, fiel á su antiguo sistema de ingratitud y desconfianza, se puso á acecharlo, cuando llegó inopinadamente á Toledo con un séquito magnífico. La pompa de que iba rodeado dió una alta idea del pais conquistado, y Carlos Quinto acogió al héroe con vivas demostraciones de estimacion, pero disminuyó su autoridad y dió el título de virey de Méjico á Antonio de Mendoza. No quedó otra perspectiva á Cortés que la de poder ejercitar todavía su génio emprendedor en los descubrimientos. Carlos Quinto le habia recomendado explorar las costas orientales y occidentales de Nueva España para buscar el *secreto del Estrecho*, destinado á abreviar en dos terceras partes la navegacion desde Cádiz á las Indias orientales. Cortés prometió lograrlo, y mandó partir á sus espensas á Fernando de Grijalva, que descubrió las costas de la California, á donde se dirigió él mismo enseguida

(16) Informe sobre las diferentes clases de jefes de la Nueva España publicado por primera vez en francés por M. H. TERNAUX COMPANS, en los viajes, relaciones, etc.

(17) El hermano Bernardino de Sahagun, á quien hemos citado muchas veces, y cuya *Historia universal de la Nueva España* forma el séptimo volumen de las *Antiquities of Mexico*; vivió tambien cuarenta años en medio de los mejicanos, y comprendió como otros varios que no podia haber allí conversiones verdaderas sin un conocimiento previo de las creencias y costumbres que dominaban anteriormente en el pais.

con cuatrocientos españoles y trescientos *esclavos negros* para continuar los descubrimientos.

A medida que se aparecía un país nuevo, la imaginación trasportaba allí sus delirios: en Cumana y en Caracas se exaltaba la riqueza de los países situados entre el Orinoco y el Río-Negro; en Santa Fe sólo se hablaba de las misiones de los Andalaquíes, y en Quito de las provincias de Macas y Meaxa. La California era un país muy desgraciado bajo un hermoso cielo; pero producía las perlas, cuya pesca atrajo un gran número de navegantes: cuando fueron agotadas volvió á quedar desierta la península, hasta que los jesuitas fundaron en ella algunos establecimientos y nos dieron los informes más completos acerca de este país. Hace poco se nos ha presentado como el país más abundante en oro.

Cortés hizo reconocer también la Nueva Galicia, descubierta al Nord-Oeste por Nuñez de Guzman. Despachó además otros buques para explorar las islas en el Océano Pacífico, gastando en estas expediciones hasta 300,000 coronas. De este modo confiaba contrarestar por medio de nuevas empresas, la envidia que había causado la primera, y obligar á Carlos Quinto á que le indemnizase de los gastos, ya que por sus nuevos méritos no le restituyese sus arrebatados dominios. Pero cuando

llegó á España no encontró sino una fría acogida y desprecios. ¿No había prestado ya bastantes servicios? podíase, pues, ser ingrato con él. Siguió á Carlos Quinto en su expedición á Argel, pero perdió todas sus joyas en un naufragio, y sólo pudo lograr salvarse á nado; le mataron enseguida en una batalla el caballo que montaba, y sin embargo, el emperador llegó hasta el punto de negarle una audiencia. Indignado de esta ingratitud brutal, atravesó un día la multitud, y adelantándose hasta el coche del emperador, que le preguntó quién era: *Yo soy*, le contestó Cortés, *el conquistador de Méjico; yo soy aquel que os ha dado más provincias que ciudades os dejaron vuestros abuelos*. No se echa en cara impunemente á los reyes su ingratitud. Carlos Quinto le dejó morir oscuramente en Sevilla (18).

Motézuma y Guatimozin estaban bien vengados; pero era Carlos Quinto quien debía encargarse de esta misión?

(18) Vargas Ponce nos ha conservado la última carta llena de melancolía, en la cual espuso Cortés sus derechos al emperador (*última y sentidísima carta de Cortés*). Un secretario puso al márgen de ella: *Nada hay que contestar*.

## CAPÍTULO VIII

### PERÚ.

El feliz éxito de Cortés reanimó el gusto por las aventuras, que al parecer se iba disminuyendo, no pareciendo demasiado vasta ninguna esperanza ni demasiado atrevida ninguna empresa. Ya hemos dicho como Balboa, después de haber atravesado el istmo de Darien, fué informado de la existencia de un gran país al Sud, riquísimo en los metales, que era el único deseo de los europeos. Este país era el Perú; pero era muy difícil á los españoles establecidos en Panamá llegar á él, no sólo por la distancia considerable, sino también por las lluvias que eran torrentes en aquel clima abrasador, y por los bosques impenetrables que había que atravesar. Pedrarias Dávila, llegó á ser virey y asesinó á Balboa; pero en vez de los tesoros que él se imaginaba no halló sino disgustos, privaciones y unos aires malsanos, que le causaron la pérdida de trescientos de sus aventureros. Los restantes, sin disciplina ninguna, se burlaban de él y amenazaban á los caciques. Velasco por su parte era muy cobarde para emprender por sí el descubrimiento, y muy envidioso para consentir que otros lo hicieran; así es que trascurrieron algunos años sin adelantar nada en la expedición, hasta que la emprendieron llenos de decisión Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando Luque. El primero nació fuera de matrimonio en Trujillo, provincia de Extremadura, fué porquerizo, y no conoció los sentimientos de humanidad ni de familia; más adelante se instruyó rudamente en las guerras de Italia, y por último se embarcó para América, donde adquirió tierras y dinero. Almagro tenía el valor de un veterano; pero le faltaba aquella confianza que lleva á cabo las empresas. Luque, rico eclesiástico y maestre-escuela, aspiraba á un episcopado, allí donde otros buscaban vireinatos. Los tres trabajaron en unión, poniendo Pizarro la audacia y los otros dos los recursos; se juraron solemnemente, comiéndose entre

los tres una hostia consagrada, no faltar á la fe y lealtad prometida, y Pizarro partió sin saber por qué mar, con una nave y ciento veinte hombres.

Se encontró con la peor estación, y con que su embarcación no hallaba más que pantanos y bosques inaccesibles; él permanecía resuelto; pero las dificultades y las enfermedades desanimaron á sus compañeros, que después de tres años de errores se volvieron en medio de las burlas y oyendo lo que les estaba bien merecido. Ya antes de esto se inventaban en Panamá cantares á su costa, en los cuales se llamaba á Pizarro verdugo, á Almagro el mercader, porque facilitaba las provisiones, y á Luque, Fernando el loco. El gobernador, Pedro de los Ríos, prohibió el llevarse hombres para semejantes empresas y mandó volver á los que habían marchado. Pero Pizarro no desanimado aun, señaló con la espada una línea en la tierra, y exigió la pasase inmediatamente el que renunciase á las esperanzas de los tesoros que él prometió. Todos la pasaron menos doce que permanecieron con él y con los cuales permaneció sufriendo mil contratiempos y la miseria más espantosa en la isla de Gallona, aumentándose cada vez más su valor. Bien pronto recibió de Panamá una nave y salió para el Perú que descubrió al fin á los veinte días.

Al descubrir por todas partes señales de la industria y de las comodidades de la vida, campos cultivados y habitantes bien vestidos, comprendió que no tenía que habérselas con una horda de bárbaros, y que no podría establecerse allí con la poca gente que llevaba; en vista de lo cual regresó, refiriendo estas buenas noticias. No quedaban bastantes fondos á los tres asociados para proseguir la empresa; pero su valor y su obstinación estaban lejos de ceder. Pizarro pasó á España y allí prometió montes y maravillas. Fué oído por el rey y